

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

ANA,

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA.

Marcos



MADRID:

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1865.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegación y nobleza.
Ángela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por senas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*.
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Canizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empené un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diábulo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tío.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Los artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Dónde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está local!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el mirinaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.

El clavo de los maridos.
El oncenno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afán de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.

El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada día.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todó el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huésped.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano
Juan Diente.

Los nerviosos.

Los amantes de Chincho.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos espan
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casei
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Londres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Br
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitana de Madrid.
La Madre de San Fernan
Las flores de Don Juan.
Las aparrencias.
Las gueras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia
La Archiduguesita.
La escuela de los amigos
La escuela de los perdidos
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Carl
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (ale
La calle de la Montera.
Los pecados de los padre
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta.
La peor cuña.
La choza del almadrero.
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento.
La agenda de Correlargo
La cruz de oro.
La caja del regimiento.
Las sisas de mi mujer.
¡Lleven hijos!
Las dos madres.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.

ANA.



Digitized by the Internet Archive
in 2013

ANA.

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA,

ARREGLADO DEL ITALIANO

POR

DON JOSÉ MARCO, DON JUAN CATALINA

Y

D. JUAN DE COUPIGNY,

Representado en el teatro del Príncipe el 1.^o de Abril de 1865.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1865.

PERSONAJES.

ACTORES.

ANA.....	SRA. D. ^a ADELAIDA ALVAREZ.
ROSALIA.....	JOSEFA HIJOSA.
MUJER 1. ^a	EMILIA PLÓ.
IDEM 2. ^a	BALVINA PRADA.
ALFREDO.....	STA. D. ^a MATILDE FRANCO.
ALFONSO.....	SR. D. JUAN CATALINA.
RUGIERO.....	MANUEL PASTRANA.
EUGENIO.....	RAFAEL MUÑOZ.
PEDRO.....	MIGUEL IBAÑEZ.

La escena es en Palermo.

La propiedad de esta obra pertenece á sus autores, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales, reservándose el autor el derecho de traducción.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representación en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Sala ricamente amueblada en casa de D. Alfonso. Puertas laterales y al fondo. Dos armarios de cristales á los costados de la puerta del foro: en el de la derecha, libros; en el de la izquierda, varios tarros y vasijas de medicamentos.

ESCENA PRIMERA.

ANA, PEDRO y dos MUJERES.

- ANA. Si, mi pobre Catalina; (Á la mujer segunda.) estoy segura de que esta medicina sentará bien á tu madre, y que dentro de pocos dias la veremos libre de sus convulsiones; Rosalia, el aya de mi hijo ha experimentado sus excelentes efectos.
- MUJ. 2.^a Dios os recompense tanta caridad.
- ANA. Dios es misericordioso, Catalina, y de él espero el perdón de mis culpas.—(Á la mujer primera.) En cuanto á tu padre, toma, ahí tienes estas píldoras de quinina, que creo bastarán para cortarle su pertinaz calentura.
- MUJ. 1.^a Muchas gracias, señora. Hace quince dias que no puede trabajar mi pobre padre, y si no se cura pronto, ay! mis hermanitos no tendrán. . .

- ANA. Desgraciada!... (Dándola dinero.) Llévalo hoy, y consuela á tu familia. El cielo dispondrá para mañana.
- MUJ. 1.^a Señora, cómo podré agradecer tanto bien?
- ANA. Rogando á Dios que devuelva por completo la salud á mi hijo, y le conserve para consuelo de sus padres.
- LAS DOS. Así lo haremos. (Vánse por el foro.)
- ANA. Andad con Dios.
- PEDRO. Yo también ruego y rogaré todos los días en mis oraciones por ese ángel querido, y por su santa madre.
- ANA. Santa! Ay! Pedro! no sabes cuán indigna es mi humildad de ese sagrado nombre. No puedes comprender con cuanta fé procuro emplear en la beneficencia las riquezas que me sobran, inclinando los vehementes instintos de mi alma ardiente y apasionada, hácia esa obra meritoria tan grata á los ojos del Señor. Si, la caridad es el mayor consuelo de las almas en la tierra. Ella me sostiene y conserva al amor de mi hijo.
- PEDRO. Pobrecito!... siempre enfermo!... Cuanto nos ha hecho sufrir... á vos y á todos!... vaya, pues si Rosalia por poco se muere al verle tan en peligro!... y va mejor la señora Rosalia?
- ANA. Si; gracias á la bebida que mi hermano la recetó, se encuentra mas aliviada.
- PEDRO. Yo creí que se volvía loca!... qué ternura!... qué cuidados prodigaba el tierno angelito!... no haría mas una madre!
- ANA. Si; no haría mas una madre!
- PEDRO. Y él la paga... que ya!... ni quería tomar medicina, ni el menor alimento, ni nada, en fin, como no fuese de manos de su aya; y en cuanto esta se separaba de él un minuto siquiera, ya estaba el angelito desesperado. .
- ANA. Bien, si... (Preocupada y disgustada.)
- PEDRO. Y gritaba, Rosalia? Rosalia? Pero gracias á Dios, ya está bueno.
- ANA. Bien, Pedro, bien, déjame.
- PEDRO. Señora!... Ah! El señor doctor, el hermano de la señora! (Váse.)

ESCENA II.

ANA y RUGIERO.

- RUG. Buenos días, mi querida hermana. Está en casa tu esposo?
- ANA. No, Rugiero. Salió muy temprano, y no sé ..
- RUG. Lo siento. Sabes si ha tenido contestacion de Eugenio?
- ANA. Qué Eugenio?
- RUG. De Eugenio, su intimo amigo; aquel de quien se hizo correr la voz que habia muerto en su desafio, cuando fué él, el calavera, quien despachó á su adversario al otro barrio. Hace poco tiempo que me confió Alfonso este secreto, y que su tio el baron Parisio, en castigo de sus calaveradas, le hizo entrar en la guardia real de Nápoles, donde ha permanecido hasta ahora. Pero el baron se muere: un terrible ataque de gota le acometió hace tres dias, y mucho dudo de poder salvarle.
- ANA. Cómo! la ciencia no puede...
- RUG. La ciencia no puede hacer mas que lo sabe, hermana mia, y la última enfermedad no tiene cura nunca.
- ANA. Y cómo sabes cuándo es la última?
- RUG. Hija... cuando no se cura. Pues bien, Eugenio es único heredero del baron, si es que muere abintestato como creemos; porque hasta ahora... por esto le hemos escrito que se apresure á venir, para estar á la mira de lo que ocurra.
- ANA. Y el baron es muy rico segun creo...
- RUG. Bah! Un fortunon absurdo... Á todo esto no he preguntado por Alfredo. Cómo ha pasado la noche?
- ANA. Muy bien, y ya está levantado dando sus lecciones. No vas á entrar á verle?
- RUG. Si; en seguida.
- ANA. Tendrás que recetarle algo?
- RUG. No, mi querida hermana. Si sigue bien, déjale: cuantas

menos medicinas, mejor; esto es siempre mi sistema. Los boticarios me aborrecen de muerte, pero la humanidad me lo agradece... Y tú, qué tienes? Te encuentro taciturna... distraída... en qué piensas?

ANA. Pienso en mi Alfredo.

RUG. Siempre lo mismo. Ana, nadie podrá tachar de excesivo el amor de una madre á su hijo; pero todo en el mundo tiene sus límites y medidas. No es justo que por temor de su salud arriesgues de esa manera la tuya. Cuando aprenderás á dominar los impetuosos instintos de tu corazón? Esos arranques apasionados y vehementes de tu alma, que constituyen una verdadera dolencia moral, mas peligrosa tal vez que cualquiera otra? Piensa en tu esposo, en Alfonso, que tanto te ama, y cuya tranquilidad compromete la fogsidad de tu carácter.

ANA. Alfonso!... Si amara á su hijo como le amo yo, dividiría conmigo mis inquietudes.

RUG. Anda! Ahora crees que Alfonso no ama á su hijo.

ANA. Si; le quiere, pero no con aquella ternura, con aquel afán que yo desearia...

RUG. Si; con el amor tuyo, que raya en locura.

ANA. En locura, eso es. Si yo te confesara, hermano mio, que estoy celosa del cariño de mi hijo?

RUG. Y quién puede robártele?

ANA. Una mujer, Rugiero; una mujer á quien aborrezco, por lo mismo que él la adora.

RUG. Su aya tal vez...

ANA. Rosalia, si.

RUG. Qué desvario!

ANA. Ah! tú no sabes, no comprendes lo que es para su madre un hijo único, un ángel, por el cual ha sufrido tantas zozobras, tantas noches de insomnio, tantas amarguras; por quien ha concebido tantas esperanzas y tantos temores. Un hijo á quien ha temido apenas nació á las puertas de la muerte, y que se ha salvado por un milagro del cielo! Para una madre, este hijo es un elemento de existencia; es el aire que ha de respirar; la

sangre que ha de circular por sus venas; y la caricia que á otra prodigue, la mirada que á otra dirija, es un robo que desespera, que asesina á la que le ha dado el ser.

RUG. Y has podido concebir tan locos celos de Rosalia? de esa manera recompensas los servicios de esa desgraciada jóven, su abnegacion, el cariño que profesa á tu hijo?

ANA. Si, lo comprendo; es una injusticia; una horrible ingratitud; pero aunque mi razon quiere dominarle, este pensamiento me agita, me atormenta noche y dia, y mina sordamente mi salud y mi tranquilidad, hasta el punto de no poder sufrir á esa pobre mujer, cuyo único delito, lo sé, es amar á mi hijo! Mira si dices con razon que mi cariño raya en locura!

RUG. Ana, hermana mia, sé razonable; considera que esa jóven se halla adornada de las mas bellas cualidades...

ANA. Eso mismo causa mi tormento.

RUG. Que es pobre...

ANA. Yo quisiera verla rica y feliz, pero lejos, muy lejos de mí.

RUG. Que es de una familia distinguida...

ANA. Lo sé.

RUG. Que su infelz madre al morir la recomendó á tu esposo, quien no hallando medio mas digno de protegerla, la encargó la educacion y el cuidado de tu Alfredo.

ANA. Es verdad; y en todo el tiempo que ha permanecido en casa, no me ha dado el menor motivo de disgusto.

RUG. Que es un ángel de bondad.

ANA. Y sin embargo yo la aborrezco!

RUG. Y yo la amo, Ana!

ANA. Tú?

RUG. Con delirio, con todo el amor de mi alma! Con un amor nacido de la misma causa que tu ódio, de mi admiracion á su bondad y á su esmero en cuidar á tu niño, porque me decia yo al verla, si tanto afan muestra por Alfredo, qué no haria mañana por sus hijos? Qué madre podrá ingualarla?

- ANA. Y no le has hablado nunca de ese amor?
RUG. No he tenido valor para hacerlo.
ANA. Y te casarías con ella?
RUG. Qué mayor felicidad!
ANA. Ah! Rugiero, hermano mio! qué dulce consuelo me prestan tus palabras! Yo hablaré a Rosalia... Gracias Dios mio! Sin sufrir para siempre el duro remordimiento de la ingratitude, podré separarla de mi lado, del de mi hijo... Porque ella no rehusará estoy segura, un partido tan ventajoso, una fortuna tan inesperada... voy, voy al instante.
RUG. Aquí viene con Alfredo.

ESCENA III.

DICHOS, ROSALIA y ALFREDO.

- ROS. Un beso á mamá, caballerito.
ANA. Hijo!
ALF. Que Dios te conceda un buen día, mamá querida!
ANA. Alfredo mio!
ALF. Hola! También tú por aquí? Tengo un beso para mi tío!
RUG. Y yo un cartucho de confites para mi Alfredo.
ALF. Bah! confites! Si fuera una caja de soldados con una batería de cañones y su bandera...
RUG. Prefieres los soldados. Te gustan mucho?
ALF. Yo lo creo! Y yo he de ser general! Es tan bonito eso de llevar espada y sombrero con plumas!... No es verdad, Rosalia? No me has dicho muchas veces que si todos los hombres fuésemos soldados, no se reirian tan impunemente de nosotros los que lo son?
ANA. Cómo, Rosalia?... Qué ideas?..
ROS. Señora, vos sois la dueña, el árbitro de su porvenir; pero esas ideas no pueden perjudicarle: quién sabe si un día...
ALF. Si; un día podría tener necesidad de defenderte, mamaita, y cómo podré si no sé manejar las armas?

- RUG. Nobles pensamientos!
- ANA. Defenderme, hijo mio?... y contra quién?
- ALF. Contra los malvados; como ahora me defiende mi Rosalía de los duendes y las brujas!... no es verdad?... Si no fuera por tí tendria un miedo por las noches... (Acariando á Rosalia.)
- ROS. Quita, loquillo!
- RUG. Vamos á ver, querido mio: quieres que vayamos á comprar la caja de soldados? Un paseito al aire libre le hará provecho.
- ALF. Ay, si. Qué gusto! Pero ha de venir tambien Rosalia.
- ANA. Piensas que tu aya no tiene otra cosa que hacer que ir á paseo? Déjala en paz! La fastidias con no quererte separar de su lado.
- ROS. Á mí, señora?
- ANA. Si. Ve, ve á tomar el sol; esto te hará provecho.
- ALF. El sol no hace daño á los que quieren ser soldados? Entonces vamos.
- ANA. Cuidado por Dios! (Á Rugiero.)
- RUG. Cuida tú de hablar con Rosalia, que esta es la ocasion, y no tengas ninguno por nosotros.
- ALF. Adios.—Rosalía, pronto vuelvo.

ESCENA IV.

ANA y ROSALIA.

- ROS. Si la señora me permite...
- ANA. No; quedaos. Tengo que hablaros.
- ROS. Á mí? Ya escucho.
- ANA. Mucho tiempo hace, querida mia, que deseaba encontrar una ocasion para recompensar vuestros buenos oficios en mi casa y la afeccion que á mi hijo manifestais.
- ROS. Él me paga sobradamente todo eso, señora; su cariño es mi mejor recompensa.
- ANA. Y muy justa, en verdad.
- ROS. Y despues, vuestra bondad, señora.

- ANA. Sé que sois modesta y agradecida; pero á decir verdad, siempre he sentido veros reducida en mi casa á una condicion que se aviene muy mal con vuestra educacion y vuestro nacimiento.
- ROS. Señora, cerca de vos y de Alfredo, estoy contenta y satisfecha, cualquiera que sea mi condicion.
- ANA. Pero esto no podrá durar toda la vida.
- ROS. Á lo menos espero que si alguna vez me separo de vuestro lado, no será por haberos desagradado.
- ANA. Oh! ciertamente! Y tal vez pueda llegar ese caso muy pronto, con inmenso placer mio, por haber contribuido á vuestra felicidad.
- ROS. Cómo?
- ANA. Supongamos, por ejemplo, que se tratara de un casamiento.
- ROS. Casarme, yo!
- ANA. Y por qué no? Si el partido fuera aceptable, ventajoso...
- ROS. (Oh! cielo!) Mucho sentiria incomodaros, señora... pero á decir verdad, nunca he tenido vocacion por el matrimonio.
- ANA. Hasta ahora, lo comprendo. Pero estoy segura que variareis de idea, cuando sepais que la persona que solicita esta union es digna por todos conceptos...
- ROS. No dudo... pero...
- ANA. En una palabra, que es mi hermano.
- ROS. (Dios mio! Su hermano!)
- ANA. Qué decis ahora? Dudareis en variar el rumbo á vuestras ideas, y en aceptar un partido que muchas os envidiarian? No, ya lo veo; la sorpresa, la emocion que esta noticia os ha causado, os impiden contestar!... pobre muchacha!... Ya sé que sois digna de tal fortuna, y no veo el momento de decir á Rugiero, alégrate, hermano mio, Rosalia es tuya.
- ROS. Oh! por Dios, señora!... No sé cómo manifestaros mi agradecimiento por tantas bondades, por la alta honra que me ofreceis, pero... dignaos dispensarme...
- ANA. Dispensaros, de qué?

- ROS. Si no puedo aceptar tan cariñosa y benévola oferta.
ANA. Cómo! Rehusais su mano?
ROS. Con harto pesar de mi corazón!
ANA. Pero es cierto lo que oigo? Rehusais!... Y por qué? Acaso otro amor?...
ROS. No!... Yo no amo á nadie mas que á vos y á vuestro hijo; y el favor mas grande que le pido al cielo, es que me deje vivir el mayor tiempo posible á vuestro lado.
ANA. (Qué significa esto?) Pero no puedo comprender que á vuestra edad y en la situación en que os encontráis... no, no es posible!... me engañáis!... aquí hay algún misterio...
ROS. Yo os juro, señora, que no he dicho mas que la verdad.
ANA. (Cielos!... qué sospecha!...) Y si yo adivinase ese misterio...
ROS. Señora!
ANA. Basta!
ROS. En nombre del cielo!
ANA. Basta he dicho. Yo lo adivinaré...

ESCENA V.

DICHAS y ALFONSO.

- ALFONSO. Y qué, esposa mia, qué es lo que tratas de adivinar?...
Alguna charada?
ANA. Tal vez.
ALFONSO. Pero estás pálida, alterada... vos también, Rosalia...
Qué os sucede?
ANA. Ella podrá decírtelo si quiere ser mas franca contigo que acaba de serlo hace un instante.
ALFONSO. Franca!... Y qué puede ocultarte á tí?
ROS. Nada, señor, la he abierto mi corazón, y ella no me cree.
ALFONSO. Pero de qué se trata?
ANA. Sé tú mismo el juez, Alfonso. Mi hermano acaba de

confiarme que se halla perdidamente enamorado de Rosalia.

ALFONSO. Rugiero?

ANA. Rugiero, sí. Y cuando se le propongo por esposo, ella rehusa, pretextando que no siente inclinacion al matrimonio; dime ahora si es posible que aqui no se encierre algun misterio.

ALFONSO. Siento en el alma no ser de tu parecer, esposa mia; pero no veo en ello misterio alguno. Qué tiene de extraño que Rosalia se encuentre bien en su estado, que esté contenta con su suerte, y no quiera sujetarse al dominio de un marido, de un tirano, como decis comunmente? En verdad, yo lo siento por tu hermano, pero por lo demas...

ANA. Te satisface, no es verdad?

ALFONSO. Á mí? Qué dices?

ROS. Ah! señor! Cuántas gracias debo daros!...

ANA. Bien, despues, despues, Ahora tengo que hablar con mi esposo; podeis retiraros á vuestro cuarto. (Vase Rosalia echando una mirada de inteligencia á Alfonso.)

ESCENA VI.

ANA y ALFONSO.

ALFONSO. Sabes, Ana, que es bien desagradable lo que sucede? Qué interés tienes tú en que esa muchacha se case ó se quede soltera, para buscar con tal motivo una incomodidad en esta casa, modelo siempre de quietud y de templanza? Y tu verganzoso hermanito ya podria él mismo haber hecho su declaracion amorosa á Rosalia, sin encomendarte á tí un papel tan subalterno... Ellos se hubieran entendido...

ANA. Él no hubiera sido mas feliz que yo, en esta empresa, Alfonso.

ALFONSO. Y por qué?

- ANA. No lo comprendes? No conoces que esta mujer oculta la verdadera causa de su repulsa?
- ALF. Y cuál otra puede ser que la que ha manifestado? Su falta de inclinacion al matrimonio.
- ANA. Ah! Tú lo crees asi?
- ALF. Tal vez haya otra razon, en efecto, pero puede muy bien ser una de esas que no se pueden confesar á una hermana sin ofender su amor propio. Por ejemplo, nadie puede dudar que Rugiero es un buen partido, una persona agradable, jóven, rico, capaz de inspirar una pasion á doscientas mujeres, de convenir á otras tantas, y sin embargo de esto, puede muy bien no ser del agrado de Rosalia.
- ANA. Pero una mujer de su posicion debe aceptar, aun en ese caso, la honra y el bienestar que se la proporciona.
- ALFONSO. Una mujer de su posicion, si tiene alma y nobles sentimientos, puede elevar sus deseos adonde los eleva una duquesa, del mismo modo que tu hermano desciende los suyos hasta ella.
- ANA. Está bien; no hablemos mas de este asunto. Si me he tomado tanto interés en él, no es por mi hermano, como tú crees, sino por ella misma. Mi deseo era asegurarle su porvenir, toda vez que no puede esperarle á nuestro lado.
- ALFONSO. Y por qué?
- ANA. Porque siéndome inútil ya sus servicios, he pensado despedirla.
- ALFONSO. Estás en tí?
- ANA. Sin duda: en adelante cuidaré yo sola de la educacion de mi hijo.
- ALFONSO. Arrojar de casa á una pobre muchacha que tantas pruebas de afecto, de fidelidad y honradez nos ha dado? No comprendes que si tal haces podrán ver en ese paso, indigno de tí, una miserable venganza por haber rehusado la mano de Rugiero?
- ANA. El mundo es dueño de pensar lo que quiera, como yo lo soy de despedir cuando me parece á una criada á

quien no tengo ninguna obligacion de tener á mi lado.
ALFONSO. No te hablo yo de obligaciones. Pero aun sin ellas, creo que harias muy mal en despedirla; y no lo pensarías seguramente, si recordaras que su infeliz madre, en los últimos momentos de su vida, me dijo: os recomiendo á esta pobre niña que se queda en el mundo sin mas amparo que el de Dios: protegedla, y todo el bien que hagais por ella, caerá sobre la cabeza de vuestro hijo!

ANA. De mi hijo!... Dios mio!... Oh! pero yo no trato de abandonarla... Nunca ha sido mi idea el dejarla expuesta á la miseria, al hambre... No... la buscaremos una colocacion digna y honrosa

ALFONSO. Y en dónde crees tú que podrá ser tratada con el cariño, con la consideracion que tanto se merece, y que obtiene á nuestro lado?

ANA. Alfonso, repara que es excesivo el interés que tomas por su suerte.

ALFONSO. Excesivo? no á fé! Cumplo con un deber de conciencia, y eso es todo. Mas excesivo encontraria cualquiera tu encono. Veamos, Ana, sé franca: hay alguna otra causa que lo justifique? No me ocultes nada.

ANA. Te lo he dicho; no necesito sus servicios. Además, los sentimientos que inspira á Alfredo no son de mi agrado.

ALFONSO. Pues qué?

ANA. Alimenta su aficion á los soldados, que sabes que yo aborrezco.

ALFONSO. No hay gran peligro en eso. No es fácil que siente plaza á su edad, y cuando la tenga para ello, quién sabe adónde habrán ido á parar esas ideas.

ANA. Todo es sencillo é inocente para tí en esta cuestion, Alfonso... Pero yo, que veo los hechos de otro modo, insisto en que Rosalia salga de casa.

ALFONSO. Y yo insisto en que se quede y se quedará, porque esta es mi voluntad, y vuestro deber el conformaros con ella.

ANA. Es la primera vez que me hablas en ese tono, Alfonso.

ALFONSO. Y espero que será la última.

ANA. (Ah! no me engaño, no... Ese interés...)

ESCENA VII.

DICHOS, ALFREDO y RUGIERO.

ALF. Mamá, mamá, he visto á un oficial muy guapo que me hecho tantas caricias...

ANA. Un oficial?

RUG. Si; y á que no adivinas quién es, Alfonso?

ALFONSO. Quién?

RUG. El sobrino del baron Parisio.

ALFONSO. Eugenio?

RUG. Acaba de llegar de Nápoles, y se dirigia á casa de su tio cuando nos ha visto, y vino corriendo á abrazar á Alfredo. Me ha dicho que tiene que hablarte, y que apenas pueda vendrá aqui.

ALFONSO. Oh! no lo espero; corro ..

RUG. No hagas tal; me ha encargado mucho que no te muevas de casa. Aqui podeis hablar con mas libertad que alado de un moribundo.

ALFONSO. Pero qué? No hay esperanzas? El baron?...

RUG. Solo un milagro le puede salvar.

ALFONSO. Pobre hombre! Entonces vé á decir á Eugenio que le espero.

ALF. Y yo corro á decir á Rosalia que he visto un oficial muy guapo.

ALFONSO. No, no le digas nada. Ven conmigo.

ALF. Entonces la enseñaré mis soldados.

ESCENA VIII.

ANA y RUGIERO.

- RUG. La habrás hablado?
ANA. Si.
RUG. Y tienes buenas noticias que darme?
ANA. No.
RUG. Cielos!
ANA. Rehusa tu mano.
RUG. Rehusa! Ah! Y no hay esperanza?
ANA. Ninguna. Es una miserable, una infame!
RUG. Qué dices?
ANA. Un rival te roba su amor.
RUG. Un rival!... Quién?
ANA. No quieras saberlo.
RUG. Quién?
ANA. Mi marido.
RUG. Ah!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

RUGIERO, despues ROSALIA.

- RUG. No, no es posible; bajo aquella frente modelo del candor y la pureza, no pueden abrigarse tan villanos pensamientos; mi hermana ha sido víctima sin duda de uno de esos arrebatos violentos y apasionados tan frecuentes en ella, y que la conducen á dar crédito á las ideas mas exageradas. Es preciso averiguar la verdad, y yo la sabré; y sabré tambien defender á esa pobre jóven, si es inocente, de tan calumniosas sospechas. Ya está aqui.
- Ros. (El señor Rugiero! Ya adivino de qué quiere hablarme.)
- RUG. (Valor.)
- Ros. Me habeis hecho llamar, señor...
- RUG. Porque descaba hablaros.
- Ros. Sospecho la causa que á ello os induce, y creed que me es tan sensible como á vos...
- RUG. La repulsa que habeis dado á mi hermana al ofreceros mi amor y mi mano? muy sensible me seria, en efecto,
- :

verme precisado á renunciar á un pensamiento que tanto he halagado en lo íntimo de mi corazón, si se tratase de una repulsa fundada en motivos naturales y positivos: pero no ya sensible, sino doloroso me es el comprender que vuestra negativa es una excusa que oculta una causa desconocida para nosotros, pero muy poderosa sin duda para vos.

Ros. Y eso habeis podido creer de mí, señor Rugiero? Ah! no podeis comprender qué inmenso reconocimiento llena mi alma por vuestra noble y generosa oferta: y creedme, si yo pudiese disponer de mi mano y de mi corazón nadie como vos la merecia.

Rug. Ah! luego algun impedimento que no es el que habeis confesado á mi hermana...

Ros. Señor Rugiero, todos traemos al mundo un destino que cumplir! no era el mio que yo pudiese ser vuestra!

Rug. Pero qué, ó quién puede oponerse...

Ros. Y qué puedo deciros?... el amor... no...

Rug. Os comprendo. El amor no se impone; se siente, y vos no le experimentais por mí!... Cómo ha de ser!...

Ros. Oh! no creais... yo no he dicho...

Rug. Pero al menos dime que tu corazón no pertenece á otro hombre; y que si alguna vez varias en tus ideas, pensarás en quien no tiene mas sueño, ni otra ambicion que tu cariño, y que si no es tan feliz que pueda conseguirlo, es y será al menos siempre digno de tu amistad.

Ros. Oh! no esperaba yo menos de un corazón tan noble!

Rug. Y aceptais?...

Ros. Vuestra amistad? Y cómo rehusar tanta honra...

Rug. Y sabreis corresponder á ella?

Ros. Espero que el tiempo me concederá ocasion de daros mas de una prueba.

Rug. Y si yo desease ahora alguna?

Ros. Cómo? cuál?

Rug. No teneis, por ejemplo, alguna confianza que hacer á un amigo?

Ros. Si hubiese tenido alguna, la hubiera depositado ya en

vuestra hermana, á quien sus muchas bondades me han hecho mirar como amiga mas que como á señora.

RUG. Veo que el mejor medio de excitar vuestra franqueza, es probaros la mia y voy á hacerlo.

ROS. Decid.

RUG. Rosalia, mi hermana está celosa de vos.

ROS. De mí! Qué decis?

RUG. Ella cree...

ROS. Acabad.

RUG. Cree que amais demasiado á su hijo.

ROS. Si le amor!... Oh cielo! si le amo!... Es verdad, con toda mi alma!...

RUG. Y esa acendrada pasion...

ROS. Y cómo no amarle?

RUG. Excita sus celos?

ROS. Yo creí que lejos de ser reprehensible en mí este cariño, cumplia con él una obligacion... Ella le ha confiado á mis cuidados... y qué extraño es que una pobre mujer, sola en el mundo, ame entrañablemente á un precioso niño de quien no se separa un instante, que paga con tanta ternura sus afanes, que...

RUG. Lo sé, Rosalia; pero el corazon humano encierra misterios inexplicables. Ese excesivo cariño ha engendrado una celosa pasion en el de mi hermana, y de ahí una aversion profunda hácia vos, que ha llegado al extremo de inducirle á despediros de su casa.

ROS. Oh, cielo!... Pero el señor Alfonso...

RUG. Alfonso!

ROS. Me protegerá!... Yo no quiero separarme de su lado!... soy una pobre huérfana sin mas amparo que él en el mundo!...

RUG. Querriais permanecer en una casa á disgusto de la mujer y confiada solo en la proteccion del marido!...

ROS. Del marido!... qué quereis decir?... Ah! Dios mio!

RUG. (Se turba!)

ROS. Oh! pero yo no creo que vuestra hermana quiera hacerme tan desdichada!...

- RUG. Tan desdichada!... y por qué? decídmelo, confíaos á mi amistad. Cualquiera que sea la causa de vuestra desgracia, yo sabré remediarla si es posible, ó compartirla con vos.
- ROS. La causa!... Oh, Dios mio!...
- RUG. Hablad!
- ROS. Qué mas causa quereis que verme abandonada de mi único protector!... Ah! señor Rugiero, si es cierto ese amor, esa amistad que tanto me encareceis, rogad, suplicad á vuestra hermana... yo no querré á su hijo; yo no le veré... no le abrazaré nunca... pero por cuanto mas sagrado tengais en la tierra... que no me eche de esta casa! que no me eche de esta casa!

ESCENA II.

DICHOS, ALFONSO.

- RUG. Alzad!
- ALFONSO. Rosalia!
- ROS. Ah!
- RUG. (Ana tiene razon! Lo comprendo todo!)
- ROS. Ah, señor, protegedme! (Á Alfonso.) La señora quiere despedirme!...
- ALFONSO. Tranquilizaos. No saldreis.
- RUG. Cómo! Alfonso!
- ALFONSO. Digo que no saldrá! Nadie tiene aqui derecho de arrojaros mas que yo, y yo os digo que no saldreis. Id ahora allá dentro; Alfredo os espera.
- ROS. Ah! (váse)
- RUG. (Cómo dudar ya!)
- ALFONSO. Te ha encargado tu hermana esta comision en pago de la que tú la hiciste desempeñar antes?
- RUG. No: la comision que acepto y aceptaré siempre es la de preguntarte qué causa tienes para engañar de este modo á tu esposa.
- ALFONSO. Qué dices?... Preveo que esos amores acabarán por volverte loco.

RUG. No tanto que no vea el abismo que está abierto á tus pies y no pueda advertirte de ello. Ana es presa de una sospecha, infundada si tú quieres, pero que aun así debes prevenir, conociendo como conoces el carácter de tu esposa. Ya sabes á qué extremos puede conducirla la violencia de sus ideas suscitadas por una pasión, y tal vez mañana tengamos que arrepentirnos de lo que es tiempo de evitar todavía.

ALFONSO. También me conoces á mí, Rugiero, y sabes que por nada en el mundo consentiré una acción indigna de la rectitud y de los sentimientos de mi corazón. Yo he procurado siempre complacer á mi esposa cuando no me ha exigido más que cosas justas y razonables; pero consentir sin razón, sin motivo alguno en abandonar á una infeliz jóven de quien soy única salvaguardia, jamás. Si su carácter la conduce á extremos desesperados é injustificables, harás bien en encargarte de curarla de esa enfermedad, pues no es otra cosa, como yo me encargaré de curarla falsas prevenciones y vanos caprichos, y de hacer conservar el respeto y el decoro de mi casa.

RUG. Puedes comprender que mis palabras son hijas del interés que por vosotros siento y del cariño que Rosalia me inspira.

ALFONSO. Te agradezco el interés; y en cuanto al cariño creo que harías muy bien en renunciar á él.

RUG. Eso me dices?

ALFONSO. Si; no abrigues ninguna esperanza.

RUG. Desventurado! Tus palabras me afirman...

ALFONSO. Qué?

RUG. Que las sospechas de Ana no son infundadas.

ALFONSO. Qué quieres decir?

RUG. Que tú la amas.

ALFONSO. Rugiero!... una sola palabra me bastaría para confundir tan injurioso pensamiento nacido en la extraviada mente de tu hermana, y que solo puede albergarse en el alma de un amante desdeñado.

RUG. Qué? acaba.

ALFONSO. Pero esa palabra, no puedo, no quiero decirla.

ESCENA III.

DICHOS, un CRIADO, EUGENIO.

CRIADO. Un caballero pregunta por vos.

ALFONSO. Quién es?...

EUG. Yo, qué diablos! Desde cuándo no estás visible para tus amigos?

ALFONSO. Eugenio!...

EUG. En cuerpo y alma. Ahora puedo decirlo, porque mientras he estado lejos de vosotros ha existido la esencia totalmente separada de la parte material.

ALFONSO. Avisa á la señora que (Al Criado.) ha llegado nuestro amigo Eugenio.

EUG. Ah! mi querido Rugiero! no direis que no me he dado prisa: apenas he tenido tiempo de ver á mi tio y quitarme el uniforme...

RUG. Y cómo está?...

EUG. Quién? el tio, ó el uniforme?

ALFONSO. Siempre el mismo!

EUG. Es que los dos corren parejas. El uniforme no puede estar mas achacoso ni el tio mas apollado. Verdad es que segun me han dicho hoy se encuentra mucho mejor, tanto que el otro médico que en union vuestra le asiste, ha mandado que le den una taza de caldo. Ay! asi pudiera yo hacer otro tanto con la casaca; no le vendria mal un caldo...

ALFONSO. Pero te ha visto?

EUG. Vaya! y creo que mi visita le ha hecho mucho bien, porque se ha puesto tan animado y tan contento... Pobre tio! á pesar de todas estas bromas, hijas siempre de mi buen humor, no vayais á figuraros que no le quiero... vaya si le quiero al pobre viejo!... y al encontrarle asi me... y eso que, digan lo que quieran todos los galenos de Palermo incluso vos, querido, yo espero

que se salvará. Conque cómo está toda la familia?... Y á mí, qué tal me encontráis? algo aviejado, no es verdad? Estos son los macarrones. No podeis figuraros lo que aviejan los macarrones napolitanos; sobre todo cuando se comen arrestado en la prevencion tres dias por semana lo menos!

RUG. Si, el cuerpo podrá haber variado, pero el humor, ya veo...

EUG. Siempre el mismo, á Dios gracias: si no qué hubiera sido de mí?

RUG. Tan mal lo habeis pasado?

EUG. Y cómo quereis que viva un hombre lejos de su patria, de sus amigos... de su... de todo cuanto mas grato encierra el corazon humano? Es verdad que para compensacion he tenido poco dinero, mucho servicio, estar expuesto siete ú ocho veces á que me rompieran el cráneo y unas cuantas malas razones en premio de mi buen comportamiento.

ESCENA IV.

DICHOS, ANA.

ANA. Señor Eugenio! muy bien venido!

EUG. Ah! señora! Tengo un gran placer en volveros á ver al cabo de cinco años, y de encontraros tan encantadora como antes.

ANA. Y vos habeis tomado un aspecto tan marcial que de seguro no os hubiera conocido.

EUG. Si, señora, muy marcial; aun yendo de paisano nadie duda que pertenezco á la milicia: tanto, que una jóven que me vió en un baile en Nápoles, una noche, apostó con su mamá á que yo era físico de regimiento por lo menos.

ANA. Pero sentaos.

ALFONSO. No; Eugenio estará impaciente porque hablemos de negocios que interesan.

- EUG. No; ya tendremos tiempo de sobra para eso. Déjame ahora gozar de tan amable compañía.
- ANA. Ya sé por mi hermano que vuestro tío está hoy mejor... y que no debéis desesperar...
- EUG. Oh! si: á propósito de eso, decia hace poco á vuestro esposo que me dispongo á cantar victoria. Por lo demas, señora, lo último que el hombre pierde es la esperanza, y yo estoy muy acostumbrado á vivir esperando.
- ANA. Deseabais mucho regresar á vuestra patria?
- EUG. Muchísimo: aquel aire de Nápoles se me habia sentado en el estómago.
- ANA. Siempre haciendo honor á vuestro pais.
- RUG. Al cual no somos ingratos, porque mas de una vez nos hicisteis estar en gran cuidado...
- EUG. Con motivo de aquel famoso duelo?...
- ANA. Es verdad; por aqui circularon acerca de vos tan alarmanantes noticias!...
- EUG. Que me creisteis muerto.
- ALFONSO. Por mucho tiempo.
- EUG. Lance mas chistosos!... Es decir, ahora me parece chistoso, pero entonces maldita la gracia que me hizo tener que habérmelas con un...
- RUG. Los periódicos se ocuparon de ese duelo en términos tan ambiguos!...
- ANA. Tendriais la bondad de contarnos lo sucedido?...
- EUG. Yo no me hago de rogar, y menos cuando se trata de complacer á una señora.
- ANA. Gracias.
- EUG. Como sabeis, media desde muy antiguo entre sicilianos y napolitanos una ojeriza invencible.
- ALFONSO. Una de las infinitas desgracias que afligen á nuestro pais, y casi diré la mas funesta.
- EUG. Asi lo comprendo yo tambien; pero vais á juzgar, señor abogado, si no tuve razon para apelar entonces á la espada. Un dia despues de comer con algunos camaradas, es decir, despues de haber vaciado algunas botellas,

nos hallábamos todos muy animados y tan... tan alegres, cuando de pronto dice uno: «Amigos, he obtenida licencia y me voy á Italia!» Yo, sin poder contenerme, solté una carcajada estrepitosa y exclamé: Pues dónde diablos estais ahora? No es esta Italia?... Si, señores; el condenado queria sostenerme en el siglo diez y nueve que Nápoles no era Italia, y se permitió calificar mis observaciones de un modo bastante ofensivo, llamándome chusco por añadidura.

ALFONSO. Será posible!

EUG. Chusco á mí! Cuando un hombre ha bebido mas de lo regular, no sé si su valor se aumenta, ó si se hace mas susceptible su delicadeza: lo cierto es que yo, indignado, dije á mi contendiente:—Sois un tonto.—Y él, echando fuego por los ojos, me contestó;—Y vos un sicilianazo.—Yo le repliqué... En resúmen, tan sueltas anduvieron nuestras lenguas, que tuvimos que hacer uso de las espadas para entendernos. Mi adversario era un Goliat de siete pies: yo apenas le llegaba al pecho: nos pusimos en guardia y zis! zás! nos empeñamos en hacer comprender á nuestras cabezas la lógica de nuestros respectivos argumentos; afortunadamente mi cabeza era mas dura que la de mi enemigo: de lo contrario no hubiera tenido hoy el honor de contaros esta aventura.

ANA. Vuestro buen humor es capaz de distraer á la persona mas triste. Pero supongo que no todas vuestras aventuras habrán sido tan trágicas como la que nos habeis contado.

EUG. De todo ha habido.

ANA. En mas de una amorosa habreis sido héroe feliz...

EUG. Señora, soy hombre y soldado, y por lo tanto no me han faltado ocasiones de... pero en honor de la verdad, debo decir que he permanecido fiel á mi primer amor, el cual conservo en mi pecho con tanta religiosidad como los plateros conservan la piedra de toque.

ANA. Mucho celebraria saber...

- EUG. Cuál es mi piedra de toque?
- ALFONSO. Recuerda, querido Eugenio, que estoy á tus órdenes.
- EUG. Si, al instante vamos: y á propósito de... filosofia experimental: no quiero ocultaros la satisfaccion que he tenido al conocer á vuestro hijo, esa hermosa obra que habeis dado á luz durante mi ausencia.
- ANA. El cielo quiso al fin concederme esa gracia que tan de veras le pedí.
- EUG. El cielo!... Qué dices á eso, amigo Alfonso?
- ALFONSO. Yo...
- EUG. Pero por dónde anda?
- ANA. Quién?
- EUG. Alfredo. Tendria tanto gusto en volverle á ver.
- ANA. Haré que le traigan. (Llama y aparece un criado.)
- EUG. Me ha parecido tan travieso y tan...
- ANA. Traed al señorito Alfredo. (Al criado, que se va.)
- EUG. Francamente, es un pecado que una obra tan acabada no tenga mas que un volúmen.
- ALFONSO. Y qué remedio?
- EUG. Cuántos hay que no quisieran tener hijos!
- EUG. Y sin embargo tienen, sin querer, una docena...
- ANA. Yo me contento con el mio.
- EUG. Mas vale asi.
- ANA. Él constituye mi verdadera felicidad.
- EUG. Y con razon. Oh! si yo llegase á tener uno como el vuestro, os aseguro que... ah!... pero qué diablo! me estais haciendo suspirar.
- ANA. Aquí teneis á Alfredo.

ESCENA V.

DICHOS y ALFREDO, conducido por el criado.

- ANA. Hijo mio, ven á saludar á este caballero.
- ATF. Si es el oficial que me hizo tantas caricias esta mañana!
(Corriendo hácia Eugenio batiendo palmas.)

- EUG. El mismo, que desea hacerte mas si es que no tienes miedo á estos bigotes.
- ALF. Yo miedo? no, señor, al contrario, si yo quiero ser militar.
- EUG. Bravísimo! Vamos, pues, á ver cómo me das un beso á lo militar, que suene mucho!
- ALF. Es bueno este? (Despues de dar á Eugenio un beso fuerte.)
- EUC. Magnífico! Voto al diablo! No me cansaria de abrazarle! Oh! Señora, os envidio, (Á Ana.) palabra de honor, os envidio, por que... el por qué no hace al caso. Y vaya una aficion que tiene por las armas!...
- ALF. Es que mi Rosalia me está diciendo siempre que los militares...
- ALFONSO. Bien, bien, cállate: los niños no deben tener el pico tan largo.
- ALF. Yo no he dicho nada malo.
- EUG. Qué gracioso es!
- ALFONSO. Cuando gustes podemos ir... (Á Eugenio.)
- EUG. Vamos allá, pues conozco que ya es tiempo tambien de que deje de molestar á esta señora.
- ANA. Al contrario: he tenido un placer...
- EUG. Mil gracias: otro beso, futuro granadero.
- ALF. Se lo doy? (Mirando á Alfonso.)
- EUG. Sí, hombre sí. (Despues de besar á Alfredo.) Señora, os reitero mis respetos.—Hasta (Á Rugiero.) despues.—Amigo mio, (Á Alfonso.) estoy á tu disposicion. En dos palabras podremos entendernos por ahora, y despues ya tendremos tiempo...

ESCENA VI.

ANA, RUGIERO y ALFREDO.

- ALF. Voy á buscar á Rosalia y á contarle...
- ANA. No.
- ALF. Deseas que me quede contigo?
- ANA. Tampoco.

- ALF. Pues, entonces, qué quieres que haga?
ANA. Que te vayas á mi cuarto.
ALF. Á tu cuarto!... Qué habré hecho para que me castigue así? (Váse.)

ESCENA VII.

ANA y RUGIERO.

- ANA. Hermano mio, no veia el instante de quedarme sola contigo.
RUG. Tambien yo lo anhelaba.
ANA. Has hablado con Rosalia?
RUG. No solo he hablado con ella, sino con Alfonso.
ANA. Y qué? No tengo razon? no es fundada mi sospecha?
RUG. (Cielos! Cómo tranquilizarla?)
ANA. Habla: no te has convencido como yo?..
RUG. No, Ana: no he podido averiguar nada que pueda hacerme dudar con fundamento de la virtud de esa jóven, ni de la lealtad de tu marido.
ANA. Qué estás diciendo?
RUG. Ten calma: una mujer de talento, que estima su decoro y la paz de su hogar, no debe jamás abandonarse á esas ideas que te martirizan; por el contrario, debes rechazarlas como imposibles.
ANA. Es decir que quieres que no tenga corazon? que sea insensible á la ofensa?..
RUG. Pero si no hay tal ofensa.
ANA. Si la hay.
RUG. En tu imaginacion acalorada.
ANA. Ah! Me crees una visionaria, una loca!
RUG. Yo creo que tus sospechas no tienen fundamento, y cuando faltan pruebas...
ANA. Las pruebas las tengo aqui, en el corazon; y el corazon de una mujer jamás se engaña. Si, Rugiero, se ha roto la venda que me cegaba, y en todas partes veo la horrible verdad. Ah! por espacio de seis años he estado

nutriendo en mi seno á una sierpe: ya es tiempo de despedazarla.

RUG. Reflexiona sin embargo, que cuando el ánimo está apasionado por males que la imaginacion se crea, la cosa mas inocente aparece á nuestros ojos revestida de una forma y una importancia, de que realmente carece.

ANA. No, Rugiero, no! Desde que he concebido la cruel sospecha que me está asesinando, no he dejado de espiar á mi marido: hace poco le vi rondar la habitacion de Rosalia, como si acechara una ocasion favorable para verla: ella entonces estaba aqui contigo, y aqui vino en seguida.

RUG. Bien, pero...

ANA. Calla; Alfonso se acerca.

RUG. Viene con Eugenio.

ANA. Ocultémonos.

RUG. En dónde?

ANA. En este gabinete. (Sañalando una puerta lateral.)

RUG. Con qué objeto?

ANA. Sígueme.

RUG. Pero qué intentas?

ANA. Ven y lo sabrás. (Váse con Rugiero.)

ESCENA VIII.

ALFONSO y EUGENIO.

EUG. Mientras viva mi tio, te recomiendo...

ALFONSO. Cumpliré mi palabra.

EUG. Cuenta con mi gratitud eterna!

ALFONSO. No hablemos de eso.

EUG. Tú cuidarás...

ALFONSO. De todo.

EUG. Adios, Alfonso. (Váse por el fondo.)

ALFONSO. Eugenio, adios.

ESCENA IX.

ALFONSO.

Oh! En mi vida he experimentado tormentos tan crueles! tiemblo como un niño... pero no hay nadie. Ana se habrá retirado á su habitacion y Rugiero se habrá marchado. En este instante necesito ver, hablar á Rosalia; mas si voy á su cuarto, me expongo quizá... Ninguna precaucion está de sobra. Pero oh! Es ella! Venid, venid: nada temais: estamos solos.

ESCENA X.

ROSALIA y ALFONSO.

Ros. Estaba espiando una ocasion oportuna para hablaros, y tiemblo...

ALFONSO: Oh! cuánto he sufrido por vos! desde esta mañana sin poder deciros hasta ahora...

Ros. Pobre Alfonso!

ALFONSO. Las palabras de mi mujer deben á la verdad ..

Ros. Ya podeis imaginar el daño que me habrán hecho.

ALFONSO. Y habeis quitado á Rugiero toda esperanza?

Ros. Y me lo preguntais? Quién mejor que vos conoce el estado de mi corazon?

ALFONSO. Pero no habiais sospechado que él os amaba?

Ros. No. Ya veis á cuántos peligros, á cuántos sacrificios me he expuesto por vos. Me faltan las fuerzas para sostener por mas tiempo esta lucha tan cruel; este fingimiento tan culpable; esta abnegacion tan continua de mis mas dulces afecciones. Decidme, cuándo tendrán término mis penas?

ALFONSO. Pronto, mas pronto quizá de lo que pensais.

Ros. Ah!

ALFONSO. Ademas... però no es esta la ocasion de decíroslo todo. Aqui nos podrian sorprender... Dadme una cita para

mas tarde, cuando mi mujer se haya entregado al sueño.

ROS. Á qué hora?

ALFONSO. Á las doce. Hasta entonces evitad su presencia cuanto os sea posible, y tened cuidado, por caridad, mi querida Rosalia, de que no se os escape una palabra, ni un gesto que nos pueda comprometer.

ROS. Estad tranquilo.

ALFONSO. Ah! me dais la vida!

ROS. Á las doce os aguardo.

ALFONSO. Hasta las doce. (Váse Rosalia por el fondo; Alfonso por la puerta lateral.)

ESCENA XI.

ANA y RUGIERO.

ANA. Lo has oido, Rugiero? Me crees ahora?

RUG. Á pesar mio, tú lo has querido...

ANA. Á las doce! Cuando me creerán dormida!... pero yo seré testigo secreto de esa entrevista.

RUG. Ana!

ANA. En vano intentan los infames ocultar su crimen, porque les sorprenderá el grito de mi furor.

RUG. Escucha, hermana: tienes confianza en mí?

ANA. Por qué me lo preguntas?

RUG. La tienes?

ANA. Como en mí misma.

RUG. Entonces, deja que yo asista en tu lugar á esa cita.

ANA. No lo esperes: quiero ir yo.

RUG. Es esa toda la confianza que te inspiro?

ANA. Perdona, mas...

RUG. No soy tu hermano? No estoy como tú interesado en descubrir la verdad? Olvidas que amo á Rosalia?

ANA. Ah! si; pero yo...

RUG. Tú podrias venderte; abandonarte á la desesperacion antes de tiempo.

- ANA. Me lo dirás todo despues?
RUG. Todo.
ANA. Sin ocultarme nada?
RUG. Te lo prometo. Y si tu marido es culpable!... (En tono amenazador.)
ANA. Qué! (Asustada.)
RUG. Ay de él!
ANA. Ah! no! tú no te vengarás de Alfonso, no: júramelo antes de salir de aqui.
RUG. Te lo juro.
ANA. Te doy la mayor prueba de confianza que puedo dar.
RUG. Sabré corresponder á ella.
ANA. Piensa, hermano mio, que quedo en una ansiedad mortal.
RUG. Comprendo tu desventura por la mia.
ANA. Ni una palabra mas. De tí espero la vida ó la muerte.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

Habitacion de Ana. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

ANA.

Qué hora será? Me parece que hace un siglo que me he separado de mi hermano. Estará ya en su puesto? Oh! Esta ansiedad es insufrible. Eh! Quién se acerca? Mi hijo! Y Rosalia no está con él.

ESCENA II.

DICHA, PEDRO y ALFREDO.

PEDRO. Ahora os compondrá vuestra mamá.

ALF. Pero si yo...

ANA. Qué significa esto?

PEDRO. Que el señorito Alfredo, no quiere entender que debe irse á la cama.

ALF. Pero si no tengo sueño, mamá.

ANA. Qué no tienes sueño?

ALF. Y ademas, Rosalia no ha querido contarme ningun cuento esta noche.

PEDRO. Si, para cuentos está ella.

ANA. Pues qué tiene?

PEDRO. La pobrecita se halla algo indispuésia, por eso cuando la preparaba el calmante de costumbre, me ha rogado que por hoy acostara yo al niño.

:

ANA. Ah! Para que no la estorbe. (Ap.)

PEDRO. Pero el señorito, nada, buena alhaja está. Hace mas de media hora que me apura la paciencia.

ANA. Alfredo, es posible?

ALF. Yo no he hecho nada.

PEDRO. No habeis hecho nada? Mas valiera que fuerais mas dócil, siquiera por respeto á la infeliz Rosalia, que tanto os quiere y os mima.

ALF. Vejete mas gruñon!

PEDRO. Por lo demas, me callo, no quiero decirlo todo.

ANA. Pues qué mas hay?

PEDRO. Es una cosa que me atañe á mí solo, y por lo tanto...

ANA. Decidla.

PEDRO. Si os empeñais...

ALF. Pobre de mí!

PEDRO. Pues habeis de saber que con el fin de ver si podia apaciguarlo un poco, me resigné á contarle un cuento, pero apenas me oyó decir, pues señor, era un rey, y este rey tenia tres hijas; pum, me agarró de los cabellos, y empezó á darme unos tirones tan fuertes, que... habrá sido como él dice, un arranque de entusiasmo, pero un arranque demasiado brusco.

ANA. Cómo! No guardar consideracion á un pobre anciano!

PEDRO. Y sobre todo, á los pocos cabellos que me quedan.

ANA. Hijo mio, los niños bien educados, deben respetar siempre á sus mayores.

PEDRO. Lo habeis oido?

ANA. Vamos, sé obediente, vete á dormir, y deja que el buen Pedro continúe la tarea que le ha encomendado Rosalia.

ALF. Lo haré por darte gusto, mamá; pero te aseguro que no tengo sueño esta noche.

ANA. No importa, un buen hijo debe irse á la cama á la hora que tiene por costumbre, el sueño vendrá despues.

ALF. Bueno, dame la mano.

ANA. En rigor merecias un castigo por tu desobediencia, pero cuento con que...

- ALF. Ah! No lo haré mas.
- ANA. Ahora un beso y á la cama.
- ALF. Toma cuatro.
- PEDRO. De ese modo malean las madres á los muchachos. Todo se lo toleran.
- ANA. Ay! Cuándo podré tenerlo siempre á mi lado.
- ALF. Pero qué tienes, mamá? Tambien suspiras como Rosalia?
- ANA. Qué, Rosalia suspira?
- ALF. Vaya!
- ANA. (Infame!)
- ALF. Y por qué suspirará, lo sabes tú?
- ANA. No has oido que está enferma? Por eso conviene que la dejes tranquila, que no pienses tanto en ella esta noche. Me lo prometes?
- ALF. Ya que está malita, no la incomodaré. Buenas noches, mamá.
- ANA. Ah! No me dejes todavia, hijo mio, mi querido hijo.
- ALF. No llores, mamá, si yo seré bueno, mira, me iré á la cama en seguida, me acostaré, y cerraré los ojos mucho, mucho, hasta que consiga dormirme; estás contenta así?
- PEDRO. Zalamero!
- ANA. Si, vida mia, la bendicion del cielo descienda sobre tu cabeza.
- ALF. Qué duermas bien, lo oyes?
- ANA. Si, si, vamos; vete que debe ser muy tarde.
- PEDRO. Ya lo creo que es tarde; las doce y cuarto.
- ANA. Ah!
- ALF. Qué te sucede, mamá?
- PEDRO. Os habeis puesto mala?
- ANA. No, no es nada, dejadme.
- PEDRO. Si os ocurre alguna cosa decídmelo.
- ANA. No.
- PEDRO. Ya he desempeñado todos mis quehacéres, he preparado el calmante para la señorita Rosalia, y en acostando al niño...

- ANA. Ya he dicho que os vayais.
PEDRO. Ah! Se me olvidaba, tomad la llave del botiquin.
ANA. Dejadla encima de ese velador.
ALF. Mamá, te has puesto mala porque te he incomodado esta noche?
ANA. No, hijo mio, no; vete.
PEDRO. Pero de veras nada necesitais?
ANA. Lo único que necesito es estar sola.
PEDRO. Bien, bien; vamos, señorito.
ALF. Por tí se ha disgustado mamá.
PEDRO. Qué?
ALF. Si no hubieras ido á decirla...
PEDRO. Tengamos la fiesta en paz, pues de lo contrario...
ALF. Ah! no, no. (Se van.)

ESCEEA III.

ANA.

Ya estarán en la cita, y mi hermano los escucha, los juzga. Oh! Qué mortal desesperacion! Yo no debí acceder á sus súplicas. Cómo permaneceré aqui esperando por mas tiempo? Imposible! Quiero oirles. Convencerme por mí misma. Mas qué miro! Rugiero pálido y consternado!

ESCENA IV.

DICHA, RUGIERO.

- ANA. Qué hay, hermano mio?
RUG. Se ha justificado lo que yo habia previsto.
ANA. Cómo? Explicate.
RUG. Escucha. Tu esposo no es culpable.
ANA. No es culpable? Bien. Pero Rosalia? Rosalia?
RUG. Rosalia es inocente tambien.
ANA. Que son inocentes? Entonces, por qué apartas tus ojos de los míos? Por qué tiemblas?

- RUG. Tiemblo por haber dudado de esa infeliz hasta el punto de ir á espiarla.
- ANA. Ah! No. Tiemblos porque estás fraguando una piadosa mentira para tranquilizarme. Tiemblos porque tu conciencia te acusa de perjurio.
- RUG. Ana, cuanto te he dicho es la verdad.
- ANA. Entonces por qué se han dado una cita! Qué objeto tenia esa misteriosa entrevista?
- RUG. Yo no sé qué responderle. (Ap.)
- ANA. Lo ves, te estoy confundiendo.
- RUG. Te repito que eres víctima de un funesto error.
- ANA. De un error que tú no puedes ó no quieres destruir.
- RUG. Oh! si, si.
- ANA. Pues bien, habla. Alfonso qué le ha dicho á esa mujer? Qué la ha dicho?
- RUG. Le ha propuesto el medio mas oportuno, mas conveniente para alejarse de esta casa, á fin de que tú recobres la calma, y ya ves que esto...
- ANA. Conque quiere alejarla de aqui? Es decir, que despues de haberme hecho traicion, pretende llevar fuera el escándalo, para que yo sirva de pasto á la maledicencia de las gentes?
- RUG. Hermana mia, en nombre del cielo te aseguro que debes dar crédito á mis palabras.
- ANA. Tú me lo aseguras!
- RUG. Alfonso te ama, y te ama á tí sola; tú misma te vencerás de ellos muy pronto.
- ANA. Contesta á lo que voy á preguntarte.
- RUG. Te basta cuanto te he dicho, y para ser completamente feliz solo falta que deseches esos crueles pensamientos, que estan acibarando tu existencia.
- ANA. Si, los desecharé; pero dime antes: supuesto que Rosalia es inocente, habrá vuelto á renacer en tu corazon la esperanza?
- RUG. Ah! No. Yo no debo amar por mas tiempo á esa mujer...
- ANA. Oh! Se ha vendido. (Ap.) Adios, Rugiero; ya estoy mas

tranquila, tan tranquila que te ruego no me hables en lo sucesivo de tan miserable asunto. Por mi parte no volveré á pensar en él jamás.

RUG. Será posible!

ANA. Si.

RUG. Aplaudo tu resolucion, y pues te veo ya en buen camino, te dejo.

ANA. Adios, Rugiero.

RUG. Procura descansar.

ANA. Ay de mí! (Ap)

RUG. Mañana nos volveremos á ver, y confio encontrarte como antes; completamente feliz. (Se va.)

ESCENA V.

ANA.

Feliz? Cuánto he sufrido para ocultar á Rugiero mi agonía! Pobre! No ha tenido valor para decirme la verdad, y me cree tranquila. Tranquila, cuando veo que soy indignamente engañada, y arde aqui, aqui, el pensamiento de la venganza! Oh, Dios mio! Dios mio, ya que mi desgracia es cierta, evita á mi alma un remordimiento eterno.

ESCENA VI.

DICHA, ROSALIA.

Ros. Señora! Ah! Está rezando.

ANA. Quién es? Cielos! No es ilusion! Rosalia!

Ros. Soy yo, señora.

ANA. Qué quereis? Qué buscáis aqui á tales horas?

Ros. Perdonad, desde mi ventana he visto luz en vuestro cuarto, y como no acostumbráis velar hasta tan tarde, temí que os aquejase alguna indisposicion, y me he to-

mado la libertad...

ANA. Gracias por tanta solicitud; pero cómo es que no os habeis acostado aun?

ROS. Ah! Ya sabeis, señora, que procuro siempre retirarme lo mas tarde posible; porque de este modo me reconcilio con menos dificultad con el sueño, que tanto huye de mí, por efecto de los males que padezco.

ANA. (Ap.) Hipócrita!

ROS. Celebro que mi temor no se haya realizado, y si no necesitais de mis servicios...

ANA. Retiraos, y cuidad de vuestra salud.

ROS. Mucho contribuye á mejorarla el calmante que con tanta bondad me proporcionais todas las noches. Á él debo indudablemente algunas horas de reposo.

ANA. Creedme, Rosalia, la paz del alma no se recobra con medicinas. Para ella solo hay un médico; la conciencia.

ROS. Qué quereis decirme?

ANA. Quiero deciros, que por mas calmantes que tomeis, es imposible que consigais estar tranquila.

ROS. Por qué?

ANA. Porque me ocultais...

ROS. Qué os culto?

ANA. Me ocultais un secreto, y os hace temblar la idea solo de que yo pueda descubrirlo.

ROS. (Ap.) Cielos! si sabrá?...

ANA. No es verdad, Rosalia?

ROS. Señora, hacedme el favor de explicaros; no os comprendo.

ANA. Decid más bien, que fingis no comprenderme; pero si yo pronunciase una palabra, una sola palabra, os veria palidecer en mi presencia.

ROS. Yo palicecer? Oh! Pronto, pronunciad esa palabra, y no esteis martirizándome tan cruelmente. Desde esta mañana observo que me tratais con una especie de temor, á que no me teneis acostumbrada. En qué, en qué os he ofendido?

ANA. Tu conciencia te lo dirá.

- Ros. Mi conciencia no puede reconvenirme por nada; si el haber renunciado la mano de vuestro hermano, origina vuestro disgusto, ó si otro motivo cualquiera que yo no acierto á explicarme, me ha hec o perder vuestro afecto, estoy pronta á salir de esta casa; si, saldré de ella, aunque sea con el corazon hecho pedazos, y entonces vereis que yo...
- ANA. Conozco tu impiò proyecto; lejos de aqui te propones introducir el desórden, el llanto y la desolacion en una familia que te recogió huérfana y pobre. Si, y lo conseguirás muy fácilmente, despues de haberte puesto de acuerdo con mi marido.
- Ros. Con vuestro marido? Yo no puedo, no quiero comprender ese lenguaje tan nuevo para mí.
- ANA. Á qué fingir? Sé que bajo el velo de un afecto inocente por mi hijo, escondes una perfidia infame.
- Ros. Qué injusta sospecha!
- ANA. Injusta dices? Pues bien, si eres inocente, habla. Por qué razon diste hoy una cita á mi marido? Qué arcano que yo debo ignorar media entre los dos?
- Ros. Qué le diré, Dios mio? (Ap.)
- ANA. Lo ves? Palideces, callas. No encuentras palabras para disculparte. Vete, quítate de mi presencia, y que mañana no te vea yo en esta casa.
- Ros. Ah! No me condeneis sin escucharme. Tened piedad de mí. Yo soy inocente, os lo juro, soy inocente.
- ANA. Calla, perjura. Que no vuelva yo á oír tu voz.
- Ros. Pero...
- ANA. Vete, si no quieres que la cólera que me excita tu vista me conduzca á...

ESCENA VII.

DICHAS, ALFONSO.

ALFONSO. Ana!

Ros. Ah!

ANA. Tu presencia era lo único que faltaba para convencer me de vuestra terrible traicion.

ROS. Señora, semejante ultraje!

ALFONSO. Rosalia, os ruego que no hagais caso de sus imprudentes palabras; y tú, Ana, respeta á esta infeliz. Ella...

ANA. Y te atreves á defenderla delante de mí? Oh! Ya que á tanto te atreves, que se vaya, que se vaya inmediatamente de esta casa.

ROS. Cielo santo, qué vergüenza!

ALFONSO. Es muy tarde, mañana...

ANA. Ni una hora, ni un segundo ha de permanecer mas aquí.

ALFONSO. Reflexiona que...

ANA. Ay! del que se oponga á mi voluntad.

ROS. Ya que lo quereis, señora, partiré, partiré al momento.

ALFONSO. Yo os lo prohibo.

ANA. Esto mas!

ROS. Pero...

ALFONSO. Quedaos digo.

ANA. Que se vaya, porque de lo contrario...

ALFONSO. En esta casa, solo á mí me toca mandar, y á los demas respetar y obedecer mis órdenes. Avergonzaos de haberos abandonado á un exceso que no quiero calificar; y vos, Rosalia, retiraos á vuestro aposento, y acompañad á Alfredo.

ROS. Pero señor...

ALFONSO. Retiraos, os lo repito.

ROS. Dios mio, tened piedad de mí. (Se va.)

ESCENA VIII.

ANA, ALFONSO.

ANA. Alfonso, te vas á arrepentir muy pronto de lo que acabas de hacer.

ALFONSO. Ana!

ANA. Ultrajarme de este modo delante de ella? Eso ha sido

el colmo de la infamia!

ALFONSO. Que estás diciendo? Pero veo que esta noche has perdido completamente el juicio.

ANA. Otro insulto!

ALFONSO. Ya hablaremos mañana.

ANA. Mañana!

ALFONSO. Si, cuando estés mas razonable.

ANA. Alfonso!

ALFONSO. Ni una palabra mas. Procura vencerte, y recobrar tu perdida dignidad. (Vase.)

ANA. Y he de consentir su silencio? Ah! no, no. Ellos mismos me impulsan á la venganza. (Se dirige al velador, toma la llave que Pedro dejó en la escena segunda, y entra en el cuarto de Rosalia.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La misma decoracion que el acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

ALFONSO y RUGIERO. Aquel, por la puerta lateral, y este por el foro.

ALFONSO. Rugiero! Cómo tan temprano? Persistirás aun en la indigna sospecha que abrigaste?

RUG. A! no; al contrario. Vengo á comunicarte una noticia de grande importancia.

ALFONSO. Cuál?

RUG. Mis fatales augurios se han cumplido. La mejoría de baron Parisio, tio de Eugenio, no era mas que aparente, y...

ALFONSO. Qué ha pasado?

RUG. Que á media noche ha sufrido una crisis violenta y cerca de las dos...

ALFONSO. Qué?

RUG. Ha dejado de existir.

ALFONSO. Y no ha hecho testamento, como esperabamos?

RUG. Eugenio es su heredero universal.

ALFONSO. Entonces ya no hay nada que me impida hablar, declarararlo todo.

RUG. Ahora solo te suplico que me perdones las imprudentes palabras que ayer mañana...

ALFONSO. Eugenio te habrá revelado?...

RUG. Sé mucho mas de lo que Eugenio podria decirme; por esa razon te compadezco y te admiro.

ALFONSO. Cómo! Sabes quizás?...

RUG. Todo: y estaria avergonzado de mí mismo si lo que he llegado á saber no me hubiera servido para tranquilizar á mi hermana, que estaba en un grado tal de exaltacion, que francamente me inspiraba cuidado. Á todo trance queria ocultarse ayer tarde, para escuchar tu coloquio con Rosalia.

ALFONSO. Cielos! Llegaria á sospechar?...

RUG. Adónde no arrastran los celos? Pero no sé por qué, quizás un presentimiento me hizo que la disuadiera de esa idea, brindándome yo á ir en lugar suyo á espiaros. Dios quiso que accediera á ello!

ALFONSO. Ah! Rugiero; tú que no ignoras ya nada, comprenderás la triste situacion en que me encuentro, y todo por amor á tu hermana, que duda de mi cariño, que tan falsamente sospecha de mí y de esa desgraciada.

RUG. Cuando descubrí lo que habia, sin declararla la verdad, la dije cuanto podia tranquilizarla, y al parecer quedó convencida de mis palabras.

ALFONSO. Tú juzgas que ella quedó convencida, pero es porque ignoras lo que pasó luego en su cuarto, momentos despues de haber tú salido.

RUG. Cómo?

ALFONSO. Calcula lo que allí pasaria. Ana estaba en un grado de exaltacion horrible; Rosalia llorando; yo no podia presenciar con calma aquella escena, y confieso que me dejé llevar de mi enojo; quise de esta manera imponer á mi mujer. Qué otra cosa podia hacer para cortar aquella escena, y que no se descubriera lo que queria ocultar?

RUG. Pero ahora no hay ya nada que te lo impida, y no debes por mas tiempo callarla... porque... Ana... tú sabes lo que es una mujer celosa.

ALFONSO. Si; estoy resuelto; lo haré en cuanto se levante. Pero deseo que me ayudes en este trance.

RUG. Cuenta conmigo.

ALFONSO. Si, necesito de tí para que con tus palabras y las mías hagamos renacer otra vez la dicha, la paz en la familia; pero quiero callarla aquella parte del arcano que ella no debe saber nunca, y que la haria infeliz para siempre, y á mí mas desgraciado de lo que soy. Por esta razon deseo que veas á Eugenio sin pérdida de tiempo, y le digas que tengo que hablarle, que me espere, y que no salga de casa sin que antes le vea. En seguida vuelve aqui, que para entonces ya habré hablado con Ana.

RUG. Pues voy al punto. (Váse.)

ALFONSO. El cielo (Tocando la campanilla.) me ayude; él que ve la intencion con que lo hago.

ESCENA II.

ALFONSO y PEDRO.

PEDRO. Llamaba el señor?

ALFONSO. En cuanto se levante mi mujer, avísame.

PEDRO. Si la señora se ha levantado ya.

ALFONSO. Cómo?

PÉDRO. Pues no hace poco tiempo!... Como que yo la he visto en esta misma sala: por mas señas, que me he alarmado, porque he notado en su semblante cierta alteracion y cierta... no, no me ha hecho mucha gracia. Yo tengo para mí que la señora no está buena.

ALFONSO. Te ha dicho por ventura?...

PEDRO. Absolutamente nada. He dicho eso porque al verla madrugando tanto, he sospechado que estaria inquieta y desazonada en la cama; y como no podria dormir... Ya

hacia mucho rato que desde mi alcoba la sentia yo pisar muy callandito, y las pisadas se sentian hácia el cuarto de Alfredo; tampoco tiene esto nada de extraño; no es la primera vez que lo ha hecho. Pobre señora, como quiere tanto á su hijo, habrá ido á ver si su sueño era tranquilo, á besarle y á acariciarle!

ALFONSO. Bueno, basta.

PEDRO. Que ella ha entrado en el cuarto del señorito, no hay duda; mis oidos no se engañan.

ALFONSO. (No sé que presiente mi corazon!) Voy á salir; pronto volveré; está con cuidado por si algo ocurre.

PEDRO. Corriente. Aqui está la señora. Qué tal? Cuando yo dije que no tenia buena cara!

ALFONSO. Vete, déjanos solos.

PEDRO. (Pues esto está peor que ayer.) (Váase.)

ESCENA III.

ALFONSO y ANA.

Ana entra en la escena sin ver á Alfonso, y se dirige hácia el cuarto de Rosalia: despues de escuchar un momento, se deja caer en un sillón.

ANA. No sé lo que me hago... no estoy tranquila en ninguna parte.

ALFONSO. (Dios mio! qué agitacion!)

ANA. No puedo mas... Cuán largas y cuán penosas se hacen estas horas!

ALFONSO. Ana!

ANA. Ah? tú aqui? (Con terror.)

ALFONSO. Si; yo, que deseo hablarte.

ANA. Hablarme?... de qué?

ALFONSO. De un asunto que debo revelarte.

ANA. Revelarme? No, no me digas nada.

ALFONSO. Te ruego que me escuches.

ANA. No quiero, no puedo oírte.

ALFONSO. Ana!

ANA. Qué es lo que quieres de mí? Todo lo he olvidado; sufriré con resignacion mi suerte... No hablemos, no hablemos ya mas de lo que ha concluido para siempre.

ALFONSO. No; tu deber es oirme.

ANA. Déjame, aléjate de mi lado.

ALFONSO. Es decir que mi presencia te da horror? Escucha.

ANA. (Dios mio!)

ALFONSO. Qué he sido yo hasta ahora para tí sino un marido tierno y cariñoso? Qué he hecho yo para que de esa manera me arrojes de tu lado? Yo, que adoro en tí; yo, que cifro mi dicha en amarte! Ah! vuelve la estimacion que debes á tu marido, y vuelve tambien el honor á aquella inocente jóven.

ANA. Inocente!

ALFONSO. Si, inocente! sábelo al fin. Rosalia, de quien abrigaste tan cruel sospecha; Rosalia, hace mas de cinco años que dió su corazon y su mano á un hombre á quien amaba y sigue amando.

ANA. Qué has dicho, Alfonso? Rosalia casada? Dios mio!

ALFONSO. Casada, si, en secreto, con un jóven que juró publicar su union cuando las circunstancias favorables se lo permitieran.

ANA. Y quién, quién es el?

ALFONSO. Nuestro buen amigo Eugenio.

ANA. Eugenio!

ALFONSO. Cuando tuvo que separarse de Rosalia se confió á mí, y me suplicó que guardase el secreto.

ANA. Desgraciada de mí! por qué á mí tambien no me lo confiaron? Por qué tú no me lo has descubierto!

ALFONSO. Era un secreto fiado á mi honor, y no podia revelártelo, porque habia por medio el juramento de ocultarlo mientras viviera el baron, que á saberlo, quizás podia desheredar á su sobrino.

ANA. Pero el baron?...

ALFONSO. El baron ha muerto esta noche. Eugenio es su heredero universal, y yo estoy ya libre del peso que me abrumaba. Pero qué es lo que te pasa? En vez de dejarte

tranquila lo que acabo de decirte, parece que se aumenta tu turbacion...

ANA. No... yo...

ALFONSO. Pobre Ana mia!... Todo lo comprendo; sientes haberte excedido con Rosalia, y... Vamos, tranquilízate, tranquilízate... No temas; tú ignorabas lo que habia, y nada tiene de extraño... Nadie, nadie sabrá nada... Pero estás temblando y palidece tu rostro... Tu pulso está tambien alterado... Ah! cuánto tarda tu hermano!

ANA. Mi hermano!

ALFONSO. Si; deseo que venga, porque necesito de él. Voy en su busca y pronto vuelvo.

ANA. Oh! no!

ALFONSO. No puedo ver con tranquilidad que tú... Ah! qué feliz casualidad! Ya está aqui.

ESCENA IV.

DICHOS y RUGIERO.

ALFONSO. Ven, Rugiero, ven. Tu pobre hermana padece; aun no se ha tranquilizado su espíritu. Solos os dejo mientras hablo con Eugenio. Te suplico que emplees cuantos medios esten á tu alcance para serenarla y volverla la salud. (Váase.)

ESCENA V.

ANA y RUGIERO.

ANA. (Cada palabra suya, es un dardo que penetra en mi corazon!)

RUG. Vamos, hermana mia, tranquilízate. No estás ya convencida de que tu marido no te ha ultrajado? de que sigue amándote como siempre?

ANA. Dime, Rugiero, se ha marchado ya Alfonso?

RUG. Se ha ido en busca de Eugenio.

ANA. De Eugenio!

RUG. Qué te extraña? Voy observando que tu marido no me ha engañado. Podrás explicarme ahora qué causa motiva tu turbacion? Despues de lo que Alfonso te ha revelado, no acierto lo que pueda inquietarte... Pero, hermana, qué tienes? Tu semblante me asusta.

ANA. Oh! no es nada. No he podido cerrar los ojos en toda la noche... Siento una opresion y una... mi cabeza se arde...

RUG. Ana, ven conmigo, ven á tu cuarto; tienes necesidad de reposo.

ANA. Calla! no escuchas?

RUG. No; no percibo ningun ruido; nadie viene: ánimo, el reposo te tranquilizará.

ANA. Chit! Está durmiendo!... duerme profundamente!... Silencio! que no me sienta!... pobre ángel mio!... no se despierte!... Suspira!... en medio del sueño la llama!

RUG. (Qué está diciendo?)

ANA. Chist!... Ya se ha despertado!... Qué hace?... extiende la mano!... Desgraciada, no bebas, no bebas por piedad, que en esa taza está tu muerte y mi desesperacion al par.

RUG. (Dios mio! qué sospecha! Habrá sido capaz?...) Ana!

ANA. Eres tú, Rugiero?... Dime, no percibes un débil gemido? Mira, parece como que sale de ese cuarto.

RUG. Ana, qué has hecho?... respóndeme; qué has hecho con Rosalia?

ANA. Quién me habla de Rosalia?

RUG. Ana!

ANA. Ay! no, no me dejes, hermano; por piedad, no me dejes!... Tengo miedo. (Aterrorizada.)

RUG. Miserable! Has cometido un delito y el remordimiento te persigue.

ANA. Ah! conque tú lo sabias? Pues yo no te lo he revelado.

RUG. Es que tu crimen está escrito con caracteres de sangre sobre tu frente. Habla, Ana; diine, qué es lo que has hecho?

- ANA. Rugiero, cuando ayer me dijiste que mi marido era inocente, y que mis celos eran infundados, no te creí, y me imaginé que por calmar mi inquietud tratabas de ocultarme la verdad.
- RUG. Cielos!
- ANA. Poco despues me hallé frente á frente de Rosalia.
- RUG. Acaba.
- ANA. Traté de indagar... sus respuestas me dejaron en la misma duda; seguí creyéndola culpable... mi marido salió á la defensa de ella...
- RUG. Y tú?...
- ANA. Llena de indignacion, llena de celos, esta noche...
- RUG. Esta noche?...
- ANA. Ah! no me preguntes mas, no puedo decírtelo... Quién sabe? Quizás sea aun tiempo de evitar un crimen! Quizás Dios tenga piedad de mí! Corre, hermano mio, corre, no te detengas! Salva á esa desgraciada, y salva tambien á tu infeliz hermana de la desesperacion, del remordimiento, del patíbulo tal vez!
- RUG. Oh! si, voy...
- ROS. Ana! Rugiero! Alfonso! (Dentro.)
- ANA. Dios mio! Viene á morir á mis pies!

ESCENA VI.

DICHOS y ROSALIA, descompuesta y pintada la desesperacion en su semblante.

- ROS. Socorro! socorro! por piedad!
- RUG. Qué ocurre, Rosalia, qué pasa?
- ROS. La mayor de las desventuras! Alfredo!...
- ANA. Alfredo!
- RUG. Seguid.
- ROS. Mi infeliz Alfredo...
- ANA. Mi hijo?
- ROS. Se muere, Rugiero, se muere.
- ANA. Cómo? qué has dicho? habla!

- ROS. Esta mañana al romper el día, le dió un golpe de tos; queriendo apaciguárselo...
- ANA. Qué hiciste?
- ROS. Le dí á beber del calmante que para mí tenia al lado de mi cama.
- ANA. Ah!
- ROS. Pero en lugar de hacerle bien, se despertó al poco tiempo dando agudos quejidos, agravándose de tal modo, que tiemblo por su vida.
- RUG. Voy, voy!
- ROS. Pueda yo morir con él! (Váse.)
- ANA. Castigo de Dios! Hijo de mi alma! (Cae sin sentido.)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

La misma decoracion del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

ALFONSO, EUGENIO, PEDRO.

ALFONSO. (Á Pedro.) Que algo ha ocurrido en esta casa, no hay duda. Bien claramente me lo indica tu turbacion...

PEDRO. Pero...

ALFONSO. Excusa palabras, y cuéntanos lo que ha pasado.

PEDRO. Ya que os empeñais... Lo que ha habido es que mientras habeis estado fuera, hemos tenido un susto que ya, ya!...

EUG. Un susto?

ALFONSO. Pues qué ha sucedido?

PEDRO. Casi una desgracia.

ALFONSO. Qué desgracia? Pronto...

PEDRO. No, no es tampoco para alarmarse, porque aunque la cosa parece grave, tambien es posible que no sea nada.

ALFONSO. Pedro, explícate!

EUG. Acabad.

PEDRO. Pues nada, todo ello ha sido que á poco de haberos marchado, empecé á oir gritos desgarradores...

ALFONSO. Quién daba esos gritos?

PEDRO. El pobre señorito.

ALFONSO. Alfredo?

PEDRO. También la señorita Rosalia.

EUG. Rosalia!

PEDRO. Pues, los dos. Al oír esto, vengo aquí precipitadamente y me encuentro á la señora desmayada.

ALFONSO. Á mi mujer?

EUG. Por qué causa?

PEDRO. Todo era porque el señorito Alfredo... pobrecito!... se vió acometido de pronto de unos dolores tan agudos...

EUG. Qué escucho?

ALFONSO. Pobre criatura!

PEDRO. Vuelvo á repetir que no hay que alarmarse, no, no será nada. Afortunadamente se encontraba aquí el señor Rugiero, que corrió al lado del niño, y allí sigue todavía sin consentir que nadie entre en el cuarto á ayudarle. A todo esto la señorita Rosalia no cesaba de llorar y de gemir, de tal manera que partía el corazón el oír-la...

EUG. Todo lo comprendo.

ALFONSO. Pero... y mi mujer?

PEDRO. Pobre señora!... no hay palabras con que expresar su desesperacion y su dolor. La llevamos á su cuarto sin conocimiento é hicimos cuanto pudimos para serenarla. Al fin conseguimos que volviese en sí, pero ahora ni se queja, ni habla palabra, y sigue en un estado que da lástima verla.

ALFONSO. Oh! corramos á su lado... pero qué vamos á contestar si pregunta por Alfredo?

PEDRO. Poco despues de haberse encerrado el señor Rugiero en el cuarto con el niño abrió la puerta; todos nos acercámos entonces á preguntarle, y nos dijo: «No hay que alarmarse, los niños son muy propensos á esta clase de ataques. Los medicamentos que le he preparado espero que produzcan su efecto. No hay que hacer ruido, porque está descansando, y este sueño me

hace confiar...» Por lo tanto, señor, no hay que desesperar.

ALFONSO. No extrañes, Eugenio, que te abandone; no estoy tranquilo mientras no vea á mi querida Ana.—Pedro, acompaña á Eugenio al cuarto de Rosalia, y vuelve en seguida á decirme en qué estado se encuentra Alfredo. (Cuántas desdichas, Dios mio!) (Váase.)

ESCENA II.

EUGENIO, PEDRO.

EUG. Vamos, guiadme pronto, porque estoy impaciente por dar un abrazo á mi querida Rosalia.

PEDRO. Un abrazo?

EUG. Si, un abrazo.

PEDRO. Pero...

EUG. Vamos, buen viejo, vamos.

PEDRO. Es que...

EUG. Vamos, te digo.

PEDRO. Pues vamos! (Vánse.)

ESCENA III.

ANA y ALFONSO. Aquella viene apoyada en el brazo de este.

ALFONSO. Aqui estarás mejor. Tranquilízate.

ANA. Cómo quieres que me tranquilice cuando mi hijo se muere!

ALFONSO. Desecha esas ideas.

ANA. Es que tú ignoras...

ALFONSO. Sé todo lo que ha ocurrido, y por esa razon te digo que no temas por la vida de tu querido Alfredo.

ANA. Oh!... Tú me dices eso solo para que no me entregue á la desesperacion.

ALFONSO. No, Ana mia, no; yo te aseguro que está mejor y tu mismo hermano confia en su curacion.

ANA. No me engañas, Alfonso, no me engañas? Seria horrible que me hicieses concebir esperanzas para que luego... pero no, te creo... con que vive?... se salvará?

ALFONSO. Si, Ana.

ANA. Qué nos detiene entonces? corramos á su lado.

ALFONSO. No, no puede ser; tu hermano no quiere que nadie entre en el cuarto... mas tarde...

ANA. Y dónde está Eugenio?

ALFONSO. Impaciente se ha ido al lado de Rosalia.

ANA. Dios mio, esto me parece un sueño!

ALFONSO. Pues no es un sueño; Ana mia, cuanto te he dicho es cierto.

ANA. No sabes el bien que me han hecho tus palabras.

ALFONSO. Ahora en cambio solo quiero pedirte un favor.

ANA. Habla.

ALFONSO. Tú sabes el cariño que Rosalia tiene á Alfredo, sabes que nunca se ha separado de él?...

ANA. Bien...

ALFONSO. Y como ese cariño te ha inquietado tanto, queria suplicarte que no extrañases su pesar y su llanto, cuando llegue el momento de separarse de él.

ANA. Pero por qué ha de afligirse? Antes al contrario, se separa de mi hijo para reunirse con su marido.

ALFONSO. Si, pero despues de lo que el pobrecito Alfredo ha pasado...

ANA. Qué quieres darme á entender con eso?

ALFONSO. (No sé como...) En fin, ya que es preciso te lo diré.— Sabe que poco antes de venir Rosalia á nuestra casa, habia tenido un hijo, fruto de su union con Eugenio...

ANA. Era madre?

ALFONSO. De una angelical criatura que hacia su dicha, y que la muerte le arrebató al poco tiempo; lo que quizás fué una suerte para ella, pues como la boda era un secreto, y á Eugenio se le tenia por muerto, su opinion hubiera padecido y...

ANA. Pobre Rosalia! Pobre madre!... ahora comprendo el ca-

riño que tiene á mi Alfredo, las caricias que le prodiga... Cómo he de extrañar que llore al separarse de él?... Mira, Alfonso, ya estoy inquieta por verla y voy en este mismo instante...

ALFONSO. Pero...

ANA. No; déjame. (Váse.)

ESCENA IV.

ALFONSO, despues ROSALIA y EUGENIO.

ALFONSO. Pobre Ana mia! Qué va á ser de ella cuando sepa toda la verdad!

ROS. Traemos una buena noticia; Rugiero acaba de decirnos que Alfredo se ha salvado.

ALFONSO. Dios nos ha oído!

EUG. Yo no he desesperado nunca... qué quieres? soy así; en los mayores peligros siempre he confiado en que Dios me sacaría con bien, y ya lo veis.

ROS. Eugenio!...

ALFONSO. Ana ha ido en busca vuestra. (Á Rosalia.)

ROS. Sabeis que me queria?

ALFONSO. Ya no ignora vuestra union, y pesarosa del rato que os ha dado...

ROS. Oh! callad, callad por Dios.

ALFONSO. Lo que ahora deseo, es hablar con Rugiero, para meditar el medio mejor de declarárselo todo. Voy á ver si consigo penetrar en el cuarto de Alfredo. (Váse.)

ESCENA V.

EUGENIO, ROSALIA.

ROS. Ya puedo, por fin, decir á la faz del mundo que soy tu mujer, nadie tendrá derecho á humillarme.

EUG. Nadie.

ROS. No sabes, Eugenio mio, el gozo que siento.

- EUG. No excede al mio.
- ROS. Cuando me vi perdida; cuando la falsa noticia de tu muerte llegó á mí, creí volverme loca; pero hoy doy gracias al cielo que te trae á mi lado, para no separarnos nunca. No es cierto? Tú no te separarás ya de mí.
- EUG. No, mujercita mia, no; basta de bromas.
- ROS. Todo lo pasado lo doy al olvido. Si pudieras comprender lo que he sufrido en esos cinco años! Todos me juzgaban una criada de la casa, todos se creian con derecho sobre mí. Es cierto que aqui tenia el sustento, pero á costa de cuántas humillaciones y de cuántas lágrimas!...
- EUG. Ya no tienes que pensar en nada, no tenemos ningun secreto que guardar, somos ricos, tenemos un...

ESCENA VI.

DICHOS, RUGIERO y ALFONSO.

Ana aparece por el fondo, impresionada por las palabras de Rugiero; se queda en el mismo sitio sin ser vista de ellos.

- RUG. Eugenio, Rosalia, vuestro hijo se ha salvado!
- ROS. Qué escucho?...
- ANA. (Dios mio!... qué está diciendo?)
- EUG. (Á Rugiero.) Hablad bajo, por Dios, si Ana os oyese...
- ROS. Infeliz!
- ALFONSO. Es imposible ocultarlo por mas tiempo; si, yo tendré valor para declarárselo, el honor me lo manda, el cielo me lo ordena.
- ANA. (Con dolorosa desesperacion.) Qué es lo que me está pasando?
- ALFONSO. Yo la diré: Alfredo, ese inocente niño á quien consagraste tu cariño no es hijo tuyo.
- ANA. (Ah!)
- ALFONSO. Todos te hemos engañado, y al obrar de esta manera

hemos mirado tu bien. Nuestro pobre hijo murió poco despues de nacer; entonces estabas enferma, sabia el delirio que por él tenias y era imposible que resistieses tan terrible golpe.

ROS. No os creerá; preguntará qué niño es ese.

ALFONSO. La diré la verdad. La falsa noticia de la muerte de Eugenio, dejaba á Rosalia perdida, y para salvar su honra y tu vida no habia mas que un medio.

ROS. Dirá que eso ha sido una infamia.

ANA. (Presentándose.) Dirá que eso es la expiacion!

TODOS. Ah!... Ana!

ANA. Si, yo; me habeis asesinado: me habeis estado engañando durante cinco años; me habeis hecho depositar todo mi cariño en esa tierna criatura para arrebatármela en un dia... Pero esto es un sueño... es cierto lo que decís? ó es que os habeis estado burlando de mí?

ALFONSO. Ana!...

ANA. Oh, calla, calla; en tu rostro veo la verdad de tus palabras. Oh!... pobre de mí!... Sabeis lo que es tener un hijo, acariciarle, velar su sueño!... Cuando la tristeza se anidaba en mi alma, le traia á mi lado, se sentaba sobre mis rodillas y contemplando su rostro de ángel, loca de alegría decia... Bendito seas, hijo de mi alma! Él era mi esperanza, mi porvenir, mi todo!... y tanta felicidad hoy la he perdido para siempre!...

RUG. (Acercándose á Ana.) (Justo castigo de Dios!)

ANA. (Mirándole avergonzada.) (Oh!...)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y PEDRO, que trae de la mano á ALFREDO, pálido y abatido.

ANA. (Se precipita á abrazarlo.) Hijo mio! hijo mio!... Ah... no, no es mio, es vuestro, vuestro. Pero al menos no me negueis el consuelo de verle, de abrazarle!... que quereis, le he amado tanto!... y ahora de un golpe... Pobre angel mio!... Ay!... yo no puedo robarle al cariño ajeno!...

Deja, pobre niño, que imprima sobre tu pura frente mi último beso... Esta... es tu... feliz madre!... (Le besa y abraza con efusion y se lo entrega á Rosalia.)

Ros. Señora, dichoso mi hijo; desde hoy tendrá dos madres!...

ANA. Hijo mio! (Grupo.)

FIN.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 5 de Marzo de 1863.

El Censor de Teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

y María.
en 1818.
la vista de pájaro
obre hojuelas.
es de Polonia.
lló la Emparedada.

y Blanco.
no se entiende, ó un hom-
imido.
a contra nobleza.
odo oro lo que reluce.

la.
lto de enmienda.
á rio revuelto.
a y por él.
eridas las de honor, ó el
gravio del Cid.
puerta del jardín.
so caballero es D. Dinero.
s veniales.
y castigo, ó la conquis-
Ronda.

onvido al Coronell.
mucho abarca.
uerte la mial,
es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imagen.
Se salvo el honor.
Santo y peana.
San Isidro (*Patron de Madrid*).
Suenos de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sohresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un domine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco

Uno de tantos*
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á quemaropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de corte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un si y un no.
Una lagrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!
Un marido cogido por los cabe-
llos.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la
Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

ya y Medoro.
de buena ley.
mas leo.

ina la Gitana.
y Marte.
Flora.

nando.
ariquita.
isanto, ó el Alcalde pro-

iller.
rino.
yo de una ópera.
sero y la mája.
co del hortelano.
ta y en Marruecos.
en la ratonera.
mo mono.
os de carnaval.
rio (drama lirico.)
illon de la Rioja (*Música*)
onde de Letorieres.

El mundo á escape.
El capitán español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.
El Colegial.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. (*Música*).
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro
omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música*).
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estatua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la corte.
La venta encautaua.

La loca de amor, ó las prisiones
de Edimburgo.
La Jardinera (*Música*).
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.

Mateo y Matea.
Moreto. (*Música*).

Nadie se muere hasta que Dios
quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra.....	Robles.	Lucena.....	Cabeza.
Albacete.....	Perez.	Lugo.....	Viuda de Pujol.
Alcoy.....	Martí.	Mahon.....	Vinent.
Algeciras.....	Almenara.	Málaga.....	Taboadela.
Alicante.....	Ibarra.	Idem.....	Moya.
Almeria.....	Alvarez.	Mataró.....	Clavel.
Avila.....	Lopez.	Murcia.....	Hered.de Andrion
Badajoz.....	Ordoñez.	Orense.....	Robles.
Barcelona.....	Sucesor de Mayol.	Orihuela.....	Berruezo.
Idem.....	Cerdá.	Osuna.....	Montero.
Bejar.....	Coron.	Oviedo.....	Martinez.
Bilbao.....	Astuy.	Palencia.....	Gutierrez é hijos.
Burgos.....	Hervias.	Palma.....	Gelabert.
Cáceres.....	Valiente.	Pamplona.....	Barrena.
Cádiz.....	Verdugo Morillas y compañía.	Pontevedra.....	Verea y Vila.
Cartagena.....	Muñoz Garcia.	Pto. de Sta. Maria.	Valderrama.
Castellon.....	Perales.	Reus.....	Prius.
Ceuta.....	Molina.	Ronda.....	Gutierrez.
Ciudad-Real.....	Arellano.	Salamanca.....	Huebra.
Ciudad-Rodrigo..	Tejada.	San Fernando...	Martinez.
Córdoba.....	Lozano.	Sanlúcar.....	Esper.
Coruña.....	Lago.	Sta. C. de Tenerife	Power.
Cuenca.....	Mariana.	Santander.....	Hernandez.
Ecija.....	Giuli.	Santiago.....	Escribano.
Ferrol.....	Taxonera.	San Sebastian...	Garralda.
Figuerras.....	Bosch.	Segorbe.....	Mengol.
Gerona.....	Dorca.	Segovia.....	Salcedo.
Gijon.....	Crespo y Cruz.	Sevilla.....	Alvarez y comp.
Granada.....	Zamora.	Soria.....	Rioja.
Guadalajara.....	Oñana.	Talavera.....	Castro.
Habana.....	Charlain y Fernz.	Tarragona.....	Font.
Haro.....	Quintana.	Teruel.....	Baquedano.
Huelva.....	Osorno.	Toledo.....	Hernandez.
Huesca.....	Guillen.	Toro.....	Tejedor.
I. de Puerto-Rico.	José Mestre.	Valencia.....	Mariana y Sanz.
Jaen.....	Idalgo.	Valladolid.....	H. de Rodriguez.
Jerez.....	Alvarez.	Vigo.....	Fernandez Dios.
Leon.....	Viuda de Miñon.	Villan. ^a y Geltrú.	Creus.
Lérida.....	Sol.	Vitoria.....	Illana.
Logroño.....	Verdejo.	Ubeda.....	Bengoa.
Lorca.....	Gomez.	Zamora.....	Fuertes.
		Zaragoza.....	Lac.